

Maria Cristina Salazar

Niños y jóvenes trabajadores

Centro Editorial Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1990

"El Señor Sowerberry conferenció con los administradores durante cinco minutos y quedó convenido que Oliver entrara en casa de su amo aquella misma noche, por vía de ensayo, a condición de que, si pasado algún tiempo, veía que el niño le rendía más con su trabajo de lo que costaba su manutención, le tomaría a su servicio por un determinado número de años, con derecho a emplearlo en lo que mejor le pareciese".

(Charles Dickens, Oliver Twist)

Dickens nació con los rugidos de la nueva Inglaterra industrial. Hombre de su tiempo, dio cuenta de una vida dura, la que entre el hollín de las fábricas produjo los tugurios, las jornadas de trabajo de quince horas, los niños de cinco años en las fábricas y todos los honores de los primeros años de la Revolución Industrial. El mismo, obrero de una fábrica de betún a los once años, conoció toda la miseria de sus personajes.

Los Oliver Twist colombianos son, en otro contexto, el material humano que examina María Cristina Salazar en Niños y jóvenes trabajadores. De entrada advierte la autora que "no debemos confundir los abusos de la revolución industrial del siglo XIX en Europa con las clases de trabajos que hacen los niños en la actualidad en nuestra región". Pero si bien el trabajo infantil todavía se da, en buena parte, dentro de la unidad familiar y sin los niveles infrahumanos de explotación de la revolución industrial inglesa, el lector del texto de María Cristina Salazar no puede menos que evocar las pinturas sociales de Dickens cuando se adentra en el mundo de los niños de las canteras y de los chircales de Bogotá y sentir las paradojas de la historia, cuando se piensa que es la misma industrialización, con el espectacular aumento de la productividad del trabajo que produjo, la que liberó

a los niños de hoy, en los países desarrollados, de toda carga laboral, para permitirles el acceso a la educación, el juego y la cultura.

La pulcra edición del Centro Editorial de la Universidad Nacional, divide la investigación en seis capítulos. El primero muestra cómo el trabajo infantil es una constante histórica en las sociedades de América Latina y cómo hoy, en un ambiente preponderantemente urbano, este trabajo se da principalmente en el llamado sector informal porque en el sector industrial moderno, tanto la tecnología como la abundante oferta de mano de obra adulta y la formalidad legal, detienen el trabajo infantil. El problema de la autodeterminación de los niños y adolescentes trabajadores, para que sean liberados cultural y económicamente de las distintas formas de subordinación que se les imponen para explotarlos, es el tema más sugerente de esta parte y el que llama la atención directamente sobre el papel de la institucionalidad estatal en la regulación de lo laboral infantil y en la protección de los derechos de los menores.

El segundo capítulo se adentra en un problema metodológico complejo cuando examina el trabajo juvenil en las ciudades colombianas en general y el caso de Bogotá en particular. Es la dificultad de la sutil frontera entre el trabajo formalmente establecido en la producción o en los servicios o el que se hace alrededor de la reproducción de la fuerza de trabajo y cuyo desempeño no se valora como trabajo estrictamente tal. Problemática que acerca el trabajo infantil y juvenil al de la mujer en el hogar.

Este segundo capítulo, junto con el tercero sobre el trabajo juvenil en el campo, y el cuarto sobre los niños trabajadores en canteras y chircales, pone de presente toda la problemática de la transición social experimentada

en Colombia. Uno es el trabajo infantil en el contexto de las economías campesinas tradicionales y otro en las economías de mercado ciudadanas. En estas últimas, las particularidades de algunos sectores productivos generan la posibilidad del trabajo infantil y la sobreexplotación del mismo. La enorme demanda de materiales de construcción en una sociedad que se urbaniza velozmente, permite la supervivencia de los chircales de baja tecnología en los cuales, la menor formalización económica, deja en pie formas de trabajo familiar y evasión de mandamientos legales. El comercio informal, por su parte, puede mantenerse de la gran oferta de brazos y, dados los bajos márgenes de ganancia, puede ser competitivo frente al comercio organizado. Allí también el trabajo infantil y juvenil presta un concurso grande.

El capítulo quinto da cuenta de una experiencia de investigación muy importante desde el punto de vista académico. Pero es aquí de donde se desprende uno de los reparos que puede hacerse a la obra. En el plano metodológico se propone el método de la investigación-acción y la investigadora plantea el problema de la objetividad.

Si bien una reseña no es el mejor lugar para una polémica profunda, vale la pena mencionar que hay una evidente confusión, en los cultores de la IAP, entre los niveles de generalización del conocimiento y la cualificación del mismo. En las páginas 122 y 123 cuando opone la comprobación de los resultados a la manera "positivista" con la fundamentada en "la práctica misma", se cae en una falsa oposición con los peligros de superar un empirismo con otro más crudo, de cambiar la ideología en el punto de partida por la ideología en la explicación del fenómeno; la relación dialéctica, de mutua implicación, sujetado

objeto y la toma de posición política posterior al conocimiento, por la toma de posición "a priori". Reedición de la antigua posición cristiana de pretender que se conoce mejor aquello que se siente o se sufre, lo cual puede ser válido en el momento del establecimiento empírico de los hechos, pero no en el pensar generalizado y en la explicación de las raíces de los fenómenos.

Estas últimas consideraciones no pretenden descalificar un método que abre puertas al conocimiento, sino precisar las posibilidades de generalización y acumulación del conocimiento. Porque un investigador sin contacto físico, sensorial, con el problema

que estudia, puede, con base en información y herramientas conceptuales de análisis, dar una explicación de un fenómeno más clara y útil que mil monografías parciales y cualificar el conocimiento más allá de las posibilidades de quien simplemente lo vive. La piedra de toque de la objetividad está dada por la posibilidad de prever el mundo, antes que por la vivencia. Dicho de otra manera, el hecho de la realidad no es lo mismo que el problema de investigación. Hechos que siempre han "estado ahí" no siempre han sido conocidos por el hombre.

Pero aparte de estos reparos y otro que puede hacerse a la explicación dada por la autora a las migraciones

internas y al crecimiento de las ciudades (p. 21) el trabajo de María Cristina Salazar no sólo hace una contribución al conocimiento de la realidad social colombiana, sino que sensibiliza al lector ante el cuadro de una niñez discriminada en las oportunidades y las posibilidades de vida, al tiempo que propone caminos, opción política válida para todo científico, de superación del problema. Además, introduce aspectos novedosos para futura investigación, como el mundo de las relaciones de poder entre adultos y niños y el problema de la auto-determinación del menor trabajador.

Armando Borrero. Sociólogo, profesor de la Universidad Nacional.
